

ancora

SAN FELIU DE GUIXOLS - 21 MAYO 1959
NUM. 582 AÑO XII

Pórtico del verano



Aunque en rigor cronológico cada estación del año tiene su fecha fija de comienzo, y por comodidad de mutuo entendimiento así lo aceptamos y a ella nos referimos en nuestros tratos y convenios, lo cierto es que en lo referente al cambio de hábitos en el vivir, en el vestir, y particularmente en la manera de solazarnos seguimos un orden menos riguroso y matemático, y nos regimos mejor según los dictados de la meteorología.

Así, pues, si un tal veintiuno de marzo, día en que según la distribución del año empieza la primavera, el tiempo se muestra inclemente y se nos presenta con trazas invernales es lógico y natural que persistamos con el atuendo propio de la estación ya caducada y esperemos a que la temperatura se temple para aligerarnos de ropa.

Y de la misma manera procedemos si al llegar al equinoccio de verano, o de invierno, el estado del tiempo desmiente, como suele ocurrir, lo que estaba previsto en la hoja del calendario. Si el viento es frío, el cielo lluvioso o la mar está enfurecida no nos dispondremos a tomar un baño en la playa, aunque estemos en junio. Como tampoco nos pondremos un grueso abrigo en vísperas de Navidad, si la temperatura se mantiene tibia y benigna.

Hay unas fechas, sin embargo, que por tradición y arraigada costumbre marcan un hito en los cambios de indumentaria y modos de vivir. En nuestra manera de desenvolvernos públicamente. Fechas convenidas como preferentes para señalar un cambio de rumbo en nuestros hábitos estacionales.

La Pascua de Pentecostés es una de esas fechas. En tal día, y tanto si cae prematura, como ha ocurrido este

año, como si viene retrasada esta festividad marca la entrada triunfal del verano en nuestras latitudes. Los síntomas que hasta este momento habían sido anuncio preliminar del tiempo caluroso —llegada de las golondrinas; visitas esporádicas de turistas, tanteos de fiestas al aire libre, etc.— pasan a ser de aquí en adelante cosa corriente y continuada hasta llegado el septiembre, en que por veleidades atmosféricas y algún que otro chubasco otoñal adelantado, es preciso arriar velas, o lo que es lo mismo, plegar parasoles, desmontar terrazas y replegar los espectáculos exteriores a los salones cubiertos.

Desde ahora y durante cuatro meses consecutivos no cesarán los festejos nocturnos, la concurrencia en las playas, y las actividades de índole turística se desarrollarán intensamente hasta culminar en julio y agosto, en que, tanto en la ciudad como en los lugares costeros se manifestarán en un frenético ir y venir de vehículos y paseantes.

Es la gran temporada hotelera, la de los negocios a ritmo rápido y a plazo fijo. Los meses en que no cabe desaprovechar ni un minuto, porque el cliente también tiene apremios y quiere extraer todo el jugo posible de su limitada estancia en nuestra tierra.

Es la temporada también en la que es fácil deslizarse por la pendiente de la codicia y traspasar los límites del lucro honesto. Las carteras vienen repletas, las ganas de diversión y de compras es excelente en los forasteros y no conviene agostar prematuramente un manantial que bien administrado puede producir largo rendimiento.

No hay que fiarse demasiado de la proverbial buena fe del turista. Este no es tonto, ni mucho menos. Sabe contar y no se deja esquilmar impunemente.

Para los guixolenses que no viven económicamente del turismo el verano tiene también su parte desagradable. Los precios suben, los artículos de consumo son más solicitados, y las amas de casa tienen sus apuros para ajustar el presupuesto a las exigencias

Sintorrig

Piso por alquilar

En la ciudad hay un piso por alquilar. Si. Un piso por alquilar. Pero con la sorpresa de que se anuncia tal circunstancia siguiendo los cánones de la antigua usanza. Este es el detalle. Volver a ver un papel atado entre barrotes y barrotes de la baranda del balcón, indicando que aquel piso está por alquilar. Y esto es lo que nos ha deparado el piso en cuestión. Como si pretendiera recordarnos tiempos pasados. Aquellos tiempos en que la calderilla era cobre casi puro, y en que uno se resistía a llevar demasiado peso en monedas de plata, prefiriendo llevar papel moneda.

Es de admirar este resurgir antiguo en uno de los pisos por alquilar de la ciudad. Es algo así como un reto a los tiempos modernos; a estos tiempos en que todos debemos pasar por la raya o rayas, que este año son, para los guixolenses, de color amarillo como si se tratara de las baldosas amarillas del «film» El Mago de Oz.

Sin embargo ¿no está expuesta a ningún desagradable inconveniente esta actitud de individualismo? La tasa municipal, por poco que se fije en la misma quizá sostenga que allí, en aquel letrero callejero que se exhibe con fines utilitarios, deben pegarse unos sellos fiscales. Esto podría muy bien ser el principio de una serie de calamidades administrativas que irían surgiendo como producto de los tiempos modernos que nos rodean.

Mas, nosotros que hemos contemplado el anuncio del alquiler con cariño, porque ya empezamos a peinar canas, casi estamos tentados de proponer la compra del piso en cuestión por parte del Ayuntamiento, con el anuncio incluido, entiéndase, para así poderlo mostrar a los extranjeros como una pieza antológica de más, en nuestro bagaje turístico.

de la despensa. Es el tributo a pagar por el privilegio de residir en lugar turístico. Todo en el mundo tiene su reverso. Y vivir en la Costa Brava va resultando un lujo. Incluso para los nativos de este moderno paraíso.

Xavier